

EL ENTORNO MONTAÑOSO DE ANTIOQUÍA
SEGÚN JUAN CRISÓSTOMO, *In Math. Hom.* 72, 4

Margarita Vallejo Girvés¹

Entre los autores cristianos es habitual encontrar interpretaciones simbólicas de la naturaleza, si bien había quienes discutían la adecuación de recurrir a éstas². Y, aunque es común afirmar que éstos no tuvieron interés por presentar naturalísticamente el paisaje³, no es extraño encontrar en algunos de sus escritos una aproximación a la naturaleza desde una posición más “naturalista”, más apegada a la realidad de los paisajes poblados por plantas y animales⁴. Ciertamente es que, como indica Gallicet, su interés por el mundo físico o natural está siempre subordinado al hecho de la Creación divina⁵.

Tal vez uno de los ejemplos más significativos en los que se fundamenta la anterior reflexión sea la descripción que Basilio de Cesarea hace de su propiedad en el Ponto que, por su importancia, creemos interesante reproducir en traducción castellana: “*Partí hacia el Ponto en busca de una regla de vida. Es allí donde Dios me ha mostrado un lugar conveniente ... Es una alta montaña cubierta de un espeso bosque, bañada en el norte por aguas frescas y limpias. A sus pies se extiende una llanura*

¹ Área de Historia Antigua. Universidad de Alcalá. margarita.vallejo@uah.es. Este trabajo se integra dentro del Proyecto de Investigación “Emperadores, concilios y papas en la Antigüedad Tardía (siglos IV-V): Conflicto de poderes” (DGICYT – HUM 2004-02100), dirigido por el Prof. Ramón Teja Casuso.

² Cf., ampliamente, H. Maguire, *Earth and Ocean. The Terrestrial World in Early Byzantine Art*, Pennsylvania-Londres 1987; interesante también, pues este autor relaciona las manifestaciones artísticas de aquellos siglos en las que aparecen representaciones de la naturaleza con la utilización simbólica de la misma en los escritos de autores cristianos. También A. Quacquarelli, “L’ecologia nei riflessi del linguaggio simbolico dei Padri della Chiesa”, *Vetera Christianorum* 28, 1991, 5-24.

³ C. E. Newlands, *The transformation on the locus amoenus in Roman Poetry*, Diss. Berkeley 1984, 187 y 202-293.

⁴ Véase, al respecto, la reflexión que sobre esta afirmación ha hecho E. Gallicet, “I cristiani del II e III secolo di fronte alla natura”, a cura di R. Uglione, *Atti del Convegno Nazionale di Studi L’Uomo antico e la natura*, Turín 1997 (1998), 305. En su artículo se propone estudiar “el procedimiento adoptado para hablar de la naturaleza física” por parte de algunos autores cristianos.

⁵ *Ibid.* 308 y H. Maguire, “Christians, Pagans and the Representation of Nature”, *Begegnung von Heidentum und Christentum im Spätantiken Agypten*, Riggisberg 1993, 149-150, a propósito de Juan Crisóstomo.

inclinada, continuamente bañada por las aguas que bajan de la montaña. Un bosque situado alrededor de esta llanura, árboles variados y de todas las especies... La misma isla de Calipso se queda pequeña si la comparamos. Y no se puede decir que realmente no sea una isla, pues está rodeada de defensas naturales, ... tranquilidad, ... los arroyos bajando ... me proporcionan a mí y a los que los contemplan el más agradable espectáculo ... En cuanto a la multitud de flores o de pájaros cantores, cualquier otro podrá admirarlos, yo no tengo el placer de aplicar a ello mi espíritu. Pero el mayor elogio que podemos hacer de este lugar es que, además de ser naturalmente capaz de producir todos los frutos gracias a su situación favorable, proporciona, a mi entender, el más agradable de los frutos, la tranquilidad, no solamente porque está lejos del tumulto de las ciudades sino porque no deja pasara a ningún viajero, a excepción de aquellos que se unen a nosotros...”⁶.

En función de la que es nuestra intención en este trabajo, es importante recordar de este pasaje no sólo la *descriptio loci*⁷ sino también el beneficio anímico que Basilio obtiene de su estancia en el mismo: la tranquilidad, que define como “el más agradable de los frutos” y que opone a la cultura de la vida ciudadana⁸. Sin duda que esta tranquilidad, lejos de las molestias urbanas, era la que le permitiría meditar y reflexionar, aspecto que también, en nuestra opinión y como tendremos ocasión de exponer, está detrás del modo en que Juan Crisóstomo presentará el entorno montañoso

⁶ Bas., *Epist.* XIV (a partir de la edición de Y. Courtonne, *Saint Basile. Lettres. Tome I*, Les Belles Lettres, París 1957, 42-45). Por cierto que este pasaje es utilizado, para fines similares de alabanza a la tranquilidad que proporciona, por el hagiógrafo de Teodoro Estudita (*Vit. S. Theod. Stud.* 6; *PG* 99, 122 bc); cf. H. Maguire, “Paradise Withdrawn”, A. Littelwood, H. Maguire & J. Wolschke-Bulmahn, *Byzantine Garden Culture*, Washington 2002, 32-33. Ejemplos de la literatura latina los encontramos en Rur., *Epist.* I, 11 y en Greg. Tours, *LH* III, 19, si bien no se detienen en elogiar esta “tranquilidad” mencionada por Basilio; cf. R. Mathisen, “Les plaisirs de la vie à la champagne chez les écrivains de la fin du Ve. siècle e du VIe. siècle apr. J. C.”, *Caesarodunum* 2001-2002, 349-364.

⁷ Propiedad que se localizaría en Annisa, cf. H. Léclerq, “Ibora”, *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* VII, 1, París 1926, 4-9.

⁸ Bas., *Epist.* XIV, 32-35: “

Ὁ δὲ μέγιστον ἔχομεν εἰπεῖν τοῦ χωρίου, ὅτι, πρὸς πᾶσαν ὑπάρχον καρπῶν φορὰν ἐπιτήδειον δι' εὐκαιρίαν τῆς θέσεως, ἡδιστον ἐμοὶ πάντων καρπῶν τὴν ἡσυχίαν τρέφει”. Cf. Bas., *Epist.* 9, 3, 30-35, donde persiste en su convencimiento de la utilidad de esta tranquilidad que consigue en esta propiedad, la cual sitúa “al final del mundo”. *Vid.*, al respecto, Ph. Rousseau, *Basil of Caesarea*, Berkeley-Los Ángeles 1994, 62, 65 y 77-78.

de Antioquía en el pasaje de “*Homilías sobre el Evangelio de San Mateo*” al que aludimos en el título de esta contribución.

Además de esas marcadas dos tendencias respecto a la presentación de la naturaleza, encontramos, en algunas ocasiones, escritos de autores cristianos que, en cierto modo, idealizan un determinado paisaje; no lo interpretan simbólicamente pero tampoco nos lo describen asépticamente. Esta cierta idealización del paisaje, al que conferirían unas características o sensaciones que diferían notablemente de las verdaderas particularidades que aquel tenía y que entronca con la fórmula idealizadora empleada por los autores de la Antigüedad Clásica, oculta, es evidente, una razón de ser que es preciso buscar en la personalidad e intenciones del propio autor en cuestión⁹.

Juan Crisóstomo es autor, a nuestro entender, de una de estas apreciaciones particulares de un paisaje real a las que nos estamos refiriendo. La encontramos en un pasaje de las *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo*, en el que, a propósito de su alabanza de la vida monástica ascética en el entorno montañoso de Antioquía y de su crítica a la vida espiritualmente contaminada de aquella gran urbe¹⁰, nos presenta el área montañosa y rocosa en torno a aquella, esto es, la cima y laderas del monte Silpio, con unos trazos alejados de lo que era su naturaleza real o, para hablar con más propiedad, nos transmite la idea de que la naturaleza real del Silpio –bastante adversa– proporcionaba unas sensaciones ideales¹¹. Vamos a dedicar este breve trabajo a estudiar el pasaje citado, para lo cual necesitamos también recurrir a un escrito de otro ilustre habitante de Antioquía, Libanio, contemporáneo de Juan Crisóstomo.

En su “*Discurso sobre Antioquía*”, Libanio describió el famoso y exuberante distrito de Dafne, cuya presentación abre así: “*Apenas franqueadas las puertas, a la izquierda, se pueden contemplar abigarrados jardines, albergues encantadores, abundantes fuentes, viviendas sepultadas entre árboles... Al adentrarse se pueden contemplar, a uno y otro lado del camino, gran abundancia de viñedos, hermosas*

⁹ Cf. F. J. Gómez Espelosín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo Girvés, *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, 307-384.

¹⁰ Esta defensa de la vida monástica y su posteriormente aparente cambio de actitud al respecto ha sido muy analizada; la bibliografía es inmensa, entre ella L. Meyer, “Perfection chrétienne et vie solitaire dans la pensée d S. Jean Chrysostome”, *Revue d’Ascétique et de Mystique* 14, 1933, 233-254; J. M. Leroux, “Saint Jean Chrysostome et le Monachisme”m Ch. Kannengiesser ed., *Jean Chrysostome et Augustin. Actus du Colloque de Chantilly*, París 1975, 125-142.

¹¹ Esta idealización y su objetivo fueron brevemente analizados por A. J. Festugière, *Antioche Païène et Chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, París 1959, 345-346.

*mansiones, rosaledas, toda índole de plantas y arroyuelos... Dafne. Al verla, no puede evitarse gritar, saltar, brincar, aplaudir, felicitarse uno por el espectáculo y dejarse llevar en alas del placer... infinidad de cipreses, su fronda y su altura, umbríos senderos, coros de pájaros musicales, una brisa moderada, fragancias más embriagadoras que plantas aromáticas...*¹². Retengamos esta presentación que Libanio hace de Dafne pues, como tendremos ocasión de comprobar más adelante, en opinión de Juan Crisóstomo tal exuberancia no era en absoluto propicia para el desarrollo de la vida espiritual¹³.

Libanio no sólo describió magníficamente la ciudad y sus suburbios, sino también su entorno inmediato, para lo cual recurrió a la idealización hasta dibujar una imagen magnífica del mismo: “*Tenemos montañas en la región y en torno a ella, de las cuales unas atraviesan la planicie, otras presentan amplios accesos, mientras que otras constituyen una frontera natural. Parte de éstas se separa magníficamente de la llanura irguiéndose hasta el cielo. Otras compiten por la calidad de su suelo con las tierras bajas. Y no sin recompensa se fatigan los labradores conduciendo sus yuntas por las cimas, sino que, cuantos productos en otras partes sólo cría el llano, entre nosotros también los producen los montes, y cuantos en otras regiones sólo se dan en los montes, entre nosotros salen de las llanuras...*”¹⁴.

En otro pasaje que nos interesa particularmente, Libanio también alaba la naturaleza al pie del monte Silpio, que “*se eleva a todo lo largo de la ciudad como un escudo protector, y los que viven a su pie, en los más apartado, no tienen ninguno de los temores que suele infundir la montaña, sino que, muy al contrario, sólo son motivo de regocijo sus fuentes, sus árboles y jardines, las suaves brisas, las flores, el trinar de los pájaros*”¹⁵.

Las características físicas del pie del monte Silpio no son, obviamente, las mismas que las de sus laderas, llenas de áridas cavernas, ni las de sus cima, rocosa y yerma. Esa región montañosa, que se caracterizaba por una naturaleza poco agradable y por un clima escasamente benévolo fue, precisamente, la elegida por aquellos que

¹² Lib., *Orat.* XI, 234-243 (trad. esp. de A. González Gálvez, *Libanio. Discursos II*, Biblioteca Clásica Gredos 292, Madrid 2001, 164-168). La fama de los jardines de Dafne debía ser tal que la *Tabula Peutingeriana* se sirve precisamente de ellos para representar gráficamente ese suburbio antioqueno; *vid.*, al respecto, M. Carroll, *Earthly Paradises. Ancient Gardens in History and Archaeology*, Los Ángeles 2003, 71.

¹³ *Cf. infra* y notas 32 y 33.

¹⁴ Lib., *Orat.* XI, 22 (trad. esp. de A. González Gálvez, *op. cit.*, 86-87).

¹⁵ Lib., *Orat.* XI, 200 (trad. esp. de A. González Gálvez, *op. cit.*, 150-151).

querían llevar una vida de retiro, tranquilidad, silencio y oración. Por ello es por lo que nos parecen significativas las varias imágenes que Juan Crisóstomo nos proporciona de aquella concreta región montañosa.

Después de demostrar que, dadas las características del mundo urbano, la vida monástica no podía tener una cabida adecuada en él sino en el mundo de los montes, silencioso y tranquilo, cercano a Dios¹⁶, pues “*no hay allí turbación, no hay enfermedad, no hay ira en el alma. Todo es calma, todo es paz...*”¹⁷, Juan Crisóstomo nos proporciona una imagen peculiar de la naturaleza de las laderas y cima de esas montañas antioqueñas: “*Allí el solitario no tiene ante sus ojos más que el desierto, contempla el vuelo de los pájaros, los árboles que agitan su fronda, el susurro del céfiro, y los torrentes que se precipitan por entre los barrancos...*”¹⁸.

Como es sabido, Juan Crisóstomo elaboró estas homilias para unos feligreses en particular, los ciudadanos de Antioquía¹⁹, que, obviamente, conocían bien no sólo las particularidades de la vida de aquella ciudad sino también las características físicas del entorno de la llanura del Orontes y la de los montes que la rodeaban, el Casio y el Silpio. Por otro lado, en su etapa de eremita este autor habría experimentado las desventajas de la estancia en las cavernas de ese monte. En un pasaje de *De*

¹⁶ Ioahn. Chrys., *Hom. in Matth.* 68, 3 (a propósito de Mt. 21, 33 y ss.):

“Σκόπει δὲ ἀπὸ τῶν καταγωγῶν εὐθέως τὰ προοίμια τῆς εὐημερίας· ἀγοράς γὰρ καὶ πόλεις καὶ τοὺς ἐν μέσῳ διαφυγόντες θορύβους, τὸν ἐν ὄρεσιν εἶλοντο βίον, τὸν οὐδὲν ἔχοντα κοινὸν πρὸς τὸν παρόντα, τὸν οὐδὲν ἀνθρώπινον ὑπομένοντα, οὐ λύπην βιωτικὴν, οὐκ ὀδύνην, οὐ φροντίδα τοσαύτην, οὐ κινδύνου, οὐκ ἐπιβουλᾶς, οὐ βασκανίαν, οὐ ζηλοτυπίαν, οὐκ ἔρωτας ἀτόπους, οὐκ ἄλλο τι τῶν ποιούτων οὐδέν. Ἐντεῦθεν ἤδη τὰ τῆς βασιλείας μελετῶσι νάπαις ὀμιλοῦντες, καὶ ὄρεσι, καὶ πηγαῖς, καὶ ἡσυχίᾳ καὶ ἡρεμίᾳ πολλῇ, καὶ πρὸ τούτων ἀπάντων τῷ Θεῷ”.

¹⁷ Ioahn. Chrys., *Hom. in Matth.* 70, 5 (a propósito de Mt. 22, 15 y ss.):

“ἐκεῖθεν εἰσόμεθα τράπεζαν παρατίθεσθαι μυρίων γέμουσαν ἀγαθῶν, ἠδίστην, ἀδάπανον, φροντίδος ἀπηλλαγμένην. φθόνου καὶ βασκανίας καὶ νόσου πάσης ἐλευθέραν, καὶ χρηστῆς γέμουσαν ἐλπίδος, καὶ πολλὰ τὰ τροπία ἐχουσαν. Οὐκ ἔστι θόρυβος ψυχῆς ἐκεῖ, οὐκ ἔστι νόσος, οὐκ ἔστι ὀργή· πάντα γαλήνη, πάντα εἰρήνης”. Trad. esp. D. Ruiz Bueno. *Obras de San Juan Crisóstomo. Homilias sobre el Evangelio de San Mateo (46-90)*, BAC, Madrid 1956, 436).

¹⁸ Ioahn. Chrys., *Hom. in Matth.* 72, 4 (a propósito de Mt. 23, 1 y ss.):

“Καὶ γὰρ τῇ ἐρημίᾳ προσέχει μόνον ἐκεῖνος, καὶ ὄριθασίπταμένας ὄρα, καὶ δεῦδρα σειόμενα, καὶ ζέφυρον πνέοντα, καὶ ῥύακας διὰ φαράγγων φερομένους”. Trad. esp. de D. Ruiz Bueno, *op. cit.*, 461.

¹⁹ P. Parvis, “The teaching of the Fathers: Chrysostome and the Reading of Matthew’s Gospel”, *The Clergy Review* 69, 1984, 97-99 y W. Mayer, “John Chrysostom and his audiences. Distinguishing different congregations at Antioch and Constantinople”, *Studia Patristica* 31, 1997, 70-75.

compunctione. Ad Demetrium comentaba que, cuando decidió compartir su vida con los monjes de aquella región, una de sus mayores preocupaciones era saber si tendría suficiente aprovisionamiento de las cosas más necesarias, señal evidente de que el entorno, que le era conocido, era poco adecuado para la vida²⁰.

Ante todo, comparando la descripción que Libanio hace de la naturaleza del pie del Silpio con la que acabamos de ver de Juan Crisóstomo relativa a las laderas y cima del mismo, nos parece que, de algún modo, nuestro autor traslada a la cima del Silpio la agradable sensación que se tenía con el discurrir de la existencia al pie del mismo. Por ello es por lo que llama la atención la descripción que de aquella región montañosa hace nuestro autor en este pasaje concreto. Tal *descriptio loci* tiene, a nuestro modo de ver, una poderosa razón de ser, comprensible en el contexto de esta obra de Juan Crisóstomo.

El objetivo de nuestro autor no sería otro que contraponer la vida exaltada de la ciudad, en este caso la de la bulliciosa Antioquía, a la vida tranquila de ese yermo montañoso²¹. Desde luego que habría árboles, vuelo de pájaros, ruido de torrentes, etc..., pero, dadas las características climatológicas de la zona, los elementos anteriormente mencionados no siempre debían proporcionar un ambiente agradable y ameno. Sin embargo, Juan Crisóstomo nos los presenta de tal manera que, magnificando el efecto de la naturaleza, los hace imprescindibles para favorecer, en aquel preciso lugar, la vida que él estaba alabando, la de la tranquilidad y meditación.

Vuelos de pájaros, susurros del viento, armonioso sonido de los cursos de aguas, árboles movidos por suaves brisas son varios de los recursos retóricos que fueron

²⁰ Iohan. Chrys., *De compunctione. Ad Demetrium* I, 132 (PG 47, 403). Generalmente se admite que fue este pasaje el que pudo llevar a Pall., *Dial. de Vit. Iohan. Chrys.* 17bc, a afirmar que el frío gélido de aquellas cuevas provocó en nuestro autor más de una grave dolencia. No obstante, *vid.* O. Pasquato “Ideale sacerdotale e formazione al sacerdozio del giovane Crisostomo. Evoluzione o continuità?”, S. Felici ed., *La formazione al sacerdozio monasteriale nella catechesi e nella testimonianza di Vita dei Patri*, Roma 1990 (1992), 59-93 y E. Dal Covolo, “L’omelia 50 dal Crisostomo sul Vangelo di Matteo. Un ‘caso’ di sproporzione esegetica”, *Giovanni Crisostomo. Oriente e Occidente tra IV e V secolo. XXXIII Incontro di Studiosi della Antichità Cristiana*, Roma 2005 (2006), 357, para quienes, además de la debilidad física, en ese ‘abandono’ tuvo que ver su deseo de que la Palabra le fuera útil a otros y no sólo a él.

²¹ Así, A. F. Festugière, *Antioche*, cit..., 345.

empleados en la Antigüedad para dar forma a un lugar idílico en el que residir con tranquilidad, en definitiva, para construir un *locus amoenus*²².

Por definición, un *locus amoenus* era un paisaje idealizado, no hostil, agradable, tranquilo, donde se podía gozar de libertad con árboles, ríos, arroyos, frondas; donde el silencio sólo era perturbado por suave música o por el armonioso canto de los pájaros. Se asociaba a un estilo de vida sencillo, opuesto al lujo y a los vicios de la vida ciudadana; era un lugar para elegidos. Aunque no definido completamente hasta la Antigüedad Tardía, los máximos representantes de la literatura del *locus amoenus* fueron Teócrito, con sus *Idilios*, y Virgilio, con su literatura bucólica y pastoril²³.

En los *Idilios* de Teócrito, el conocido paisaje del Valle tesalio del Tempe está absolutamente idealizado, hasta el punto de que la realidad de la naturaleza del mismo apenas se reflejaba en los escritos de aquel autor helenístico²⁴. Se trataba, por lo tanto, de presentar un lugar conocido, cercano y real con unas características que no le eran propias. A Teócrito le interesaba tal para sus fines poéticos, y por ello “trastoca” la realidad del paisaje; un paisaje que proporcionaba una vida sencilla y tranquila, lejos de los vicios de la vida ciudadana²⁵. En este mismo sentido pensamos al afirmar que los pasajes de las *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* que hemos presentado entroncan, con ciertas modificaciones, con el *locus amoenus* clásico²⁶.

Dada la formación clásica de Juan Crisóstomo, todos esos recursos retóricos estaban a su alcance, aunque los utiliza con ciertas modificaciones, necesarias para

²² Vid. siempre G. Schönbeck, *Der Locus Amoenus von Homer bis Horaz*, diss. Heidelberg 1962 y P. Hass, *Der Locus Amoenus in der Antike Literatur. Zur Theorie und Geschichte eines literarische Motivs*, Bamberg 1998. Y cf. A. Pennacini, “L’immaginario e la cultura degli avi”, *Aufidus* 2, 1987, 38, donde remonta los elementos de este *topos* al “Cantar de los Cantares” y a la cultura mesopotámica y aqueménida de los *Pairadaeza*, por cierto que transmitida al mundo griego por Xenoph., *Oecon.* IV, 13 (vid. D. Stronach, “The Royal Garden at Pasargadae: Evolution and Legacy”, L. de Meyer & E. Haerinck eds., *Archaeologica Iranica et Orientalis. Miscellanea in honorem Louis van den Berghe*, Gante 1989, 475-502, con toda la bibliografía anterior).

²³ G. Schönbeck, *Der Locus Amoenus*, cit..., 18-60; P. Hass, *Der Locus Amoenus*, cit..., *passim* y G. D’Anna, “La natura idealizzata: L’Arcadia nella poesia classica”, a cura di R. Uglione, *Atti del Convegno*, cit..., 251-269.

²⁴ E. Malaspina, “La Valle di Tempe: descrizione geografica, modelli letterarie e archetipe del ‘locus amoenus’”, *Studi Urbinati B: Scienze umane e sociali* 63, 1990, 116.

²⁵ Cf. C. E. Newlands, *The Transformation*, cit..., 8.

²⁶ Ciertamente es que, en su mayor parte, los autores cristianos utilizaron la fórmula típica del *locus amoenus* clásico para describir el Paraíso Terrestre (vid. H. Maguire, “Paradise Withdrawn, cit...”, 23-31 y J. Burton Russell, *A History of Heaven. The Singing Silence*, Princeton 1999³, 21-81).

lograr transmitir adecuadamente su pensamiento bajo la óptica cristiana²⁷. Es por ello por lo que pensamos que el paisaje natural de las laderas y cima del Silpio tal y como lo dibuja Juan Crisóstomo puede ser visto como una evolución más, de las muchas que tuvo en la Antigüedad Tardía, de la imagen del *locus amoenus*²⁸. Así, ese *locus* podría definirse como *amoenus* en tanto que está destinado únicamente a los elegidos, en este caso a los monjes, ya que proporciona tranquilidad; se está prescindiendo, por tanto, de la exuberante naturaleza como elemento definidor de la *amoenitas* eremítica. En este caso concreto que estamos analizando, el *locus amoenus* está en el yermo del Silpio, y no en el lugar caracterizado por una exuberante naturaleza, por ejemplo, los jardines de Dafne y el bullicioso ambiente que distinguía a ese distrito antioqueno.

Paraje evidentemente también magnífico y agradable debía ser la propiedad próxima al mar, donde podía contemplarse a los pescadores, donde había bosques vírgenes, campos verdes, jardines, viñedos, límpidos arroyos, toda suerte de pájaros, que Melania la Joven proyectaba vender. Con esa propiedad, concretamente con el disfrute sensorial que de ella se obtenía, es precisamente con lo que el diablo tienta a Melania para que no la vendiera y así emprender una vida de pobreza y ascetismo²⁹. Dada la respuesta de Melania de que toda aquella naturaleza era efímera -así nos lo transmite su hagiógrafo-³⁰, nos parece que esta propiedad sería precisamente una de

²⁷ Cf. A. Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire. The Development of Christian Discourse*, Berkeley-Los Ángeles 1991, 139, donde analiza la utilización intencionada de la cultura literaria pagana con fines cristianos, utilización que requirió ciertas modificaciones.

²⁸ Para lo cual remitimos, entre otros muchos, a J. V. Beyer, “Der Heilige Berg in der Byzantinische Literatur I”, *JÖB* 30, 1981, 171-205 y, sobre todo, a E. R. Curtius, *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*, Berna-München 1969, 202 y ss.

²⁹ *Vit. S. Melaniae Iunioris* 18 (edición de D. Gorge, *Vie de Sainte Melanie. Texte grec, introduction, traduction et notes*, SChr. 90, París 1962): “Ἦν γὰρ ἡμῖν φησιν, ἀξιοεπαίνετον κτήμα, ἐν δὲ τῷ κτήματι βαλάνειον πάσαν κοσμικὴν ὑπερβαίνον λαμπρότητα· καὶ γὰρ εἶχεν ἐξ ἑνὸς μὲν μέρους τὴν θάλασσαν, ἐκ δὲ τοῦ ἑτέρου ὕλην παντοίαν, ἐν ἧ σῦαγροι ἔλαφοί τε καὶ δορκάδες καὶ ἕτερα ἀγρέμια ἐνέμοντο, ὡς τοὺς λουομένους ἐκ τῆς νεροφόρου θεωρεῖν ἐκεῖθεν μὲν τὰ προλιάρια ἀρμενίζοντα, ἐντεῦθεν δὲ τὴν θήραν ἐν τῇ ὕλῃ. Εὐρῶν οὖν ἐν τούτῳ πάλιν εὐκαιρον πρόφασιν ὁ διάβολος ὑπέβαλλέν μοι, φησίν, τὴν τε ποικιλίαν τῶν ἐκεῖσε μαρμάρων καὶ τὴν ἐν τῇ τε χῶμῃ αὐτῇ ἄφατον πρόσοδον ἐχέκτητο γὰρ περίξ τοῦ βαλανείου ἐξήκοντα καὶ δύο ἐποίκια.” Cf. H. Maguire, “Paradise, cit...”, 32.

³⁰ *Vit. S. Melaniae Iunioris* 18 (ed. De D.Gorge, *Vie de Sainte Melanie*, cit...): “Τί γὰρ ὅλως εἰσὶν ταῦτα, τὰ σήμερον ὄντα καὶ αὐριον ἢ ὑπὸ βαρβάρων ἢ ὑπὸ πυρὸς ἢ ὑπὸ χρόνου ἢ ὑπὸ ἄκκης τινὸς διαφθειρόμενα περιστάσεως, πρὸς τὰ αἰῶνια ἀγαθὰ τὰ αἰεὶ ὡσαύτως ὄντα καὶ τοῖς ἀπεράντοις αἰῶσι παρῆκτεινόμενα, ἅπερ διὰ τούτων τῶν φθαπτῶν ἀγοράζεται”,

aquellas que materializarían aquella frase del *De laude eremi* de Euquerio de Lyon “*quia amoeni incola mortem paravit*”³¹.

En la misma línea consideramos que está la crítica de Juan Crisóstomo respecto de la alabanza que se solía hacer de la naturaleza del distrito de Dafne –de la altura y cantidad de sus cipreses, de sus fuentes, etc...- pues, en su opinión, allí todo era vacío, superficial y temporal³². En otra de sus obras, aún admitiendo la belleza del lugar, afirma que ésta “*atrae a los más frívolos*”³³. En definitiva, pensamos que para algunos autores cristianos –como Juan Crisóstomo-, un *locus amoenus* no se caracterizaba necesariamente por una naturaleza exuberante. Ellos convierten en *amoeni* otro tipo de parajes, menos exuberantes en el sentido tradicional del término; en el caso de Juan Crisóstomo, el Silpio³⁴.

Juan Crisóstomo se sirve de ese recurso retórico antiguo, aún a pesar de conocer la realidad, para convertir al entorno rocoso de Antioquía en un clarísimo *locus amoenus*, cuando realmente debería ser presentado como un *locus inamoenus*. Dada esta circunstancia, el verdadero *locus inamoenus* siríaco no era la parte montañosa sino Antioquía y sus suburbios más inmediatos, repletos de corrupción y destinados únicamente al placer de los sentidos, de efímera duración³⁵. El *locus amoenus* era esa

³¹ Euch., *De laude eremi* 6 (S. Pricoco ed., *De laude eremi. Rencensuit, apparatus critico et indicibus*, Catania 1965). Sobre este pasaje en concreto de *De laude eremi*, vid. L. Alfonsi, “Il ‘*De laude eremi*’ di Eucherio”, *Convivium* 36, 1968, 363-364 y sobre Euquerio de Lyon, vid., además de la edición citada de Pricoco, A. Hamman, “Escritores de las Galias y de la Península Ibérica”, A. di Bernardino ed., *Patrologia III. La edad de oro de la literatura patristica latina*, trad. esp. Madrid 1993, 605-606.

³² Iohan. Chrys., *Hom. Stat.* XVII, 178-179 (PG 49, 179): “μή μοι τήν Δάφνην εἴπης τὸ προάστειον, μηδὲ τὸ πλῆθος καὶ μῆκος τῶν κυπαφίσσων, μηδὲ τὰς πηγὰς τῶν ὑδάτων, μηδὲ τὸ πολλοὺς τὴν πόλιν οἰκεῖν ἀνθρώπους, μηδὲ τὸ μέχρι βαθυτάτης ἑσπερας ἐπὶ τῆς ἀγορᾶς διατρίβειν μετὰ ἀδείας πολλῆς, μεδὲ τῶν ὀνίων τὴν ἀφθορίαν· αἰσθητὰ ἅπαντα ταῦτα, καὶ μέχρι τοῦ παρόντος μένοντα βίου”. Sobre todo lo que rodea a esta obra, tanto en lo que se refiere a motivación como cronología, etc..., debe consultarse F. Van de Pavard, *St. John Chrysostom. The Homilies on the Statues. An Introduction*, Roma 1991 y W. Mayer, *The Homilies of St. John Chrysostom. Provenance. Reshaping the foundations*, Roma 2005.

³³ Iohan. Chrys., *De S. Babyla* 71, 1 (a partir de la edición de M. A. Schatkin et al., *Jean Chrysostome. Discours sur Babylas. Introduction, texte critique, traduction et notes*, SChr. 362, París 1990).

³⁴ G. Petrone, “*Locus amoenus / Locus Horridus: Due modi di pensare la natura*”, a cura di R. Uglione, *Atti del Convengo*, cit..., 179.

³⁵ Vid. Iohan. Chrys., *Hom. Stat.* 17, 14; también, Bas., *Epist.* XIV. Cf. E. Malaspina, “Tipologia dell’inameno nella letteratura latina. *Locus Horridus*, paesaggio eroico, paesaggio dionisiaco: una proposta di risistemazione”, *Aufidus* 8, 1994, 8-11.

montaña, nada exuberante en su naturaleza pero caracterizada con una armonía proporcionada por los elementos que ya hemos enumerado y que eran los que favorecían el sosiego y la tranquilidad buscados para vivir la vida de meditación buscada por los eremitas y monjes.

Quisiéramos concluir con una consideración que vincula nuevamente al mundo clásico con este Padre de la Iglesia: aunque el monte Silpio no era un *locus amoenus* del que disfrutaría todo aquel que en él entrara, que era lo que solía encontrarse en las descripciones clásicas, sino que era un *locus amoenus* un tanto exclusivo pues únicamente lo considerarían así aquellos que buscaran la vida solitaria y de meditación, existe, no obstante, una nueva concordancia entre la presentación clásica y esta representación de Juan Crisóstomo: por tradición, el *locus amoenus* era un lugar destinado para amar y para ser amado; al menos en los reflejos de Juan Crisóstomo lo habitaban también otros enamorados, los monjes, enamorados de Dios, con el que se encuentran en ese lugar que Juan Crisóstomo ha idealizado a fuerza de matizar el efecto de sus características naturales.